

## Nota para el lector

Puesto que una serie de consideraciones tanto políticas como históricas han conducido a la publicación por separado de los cuatro Libros de Ash, esta nota pretende poner al día al lector con los volúmenes previos.

El primer volumen, *La Historia Secreta*, narra la carrera de Ash, una comandante mercenaria del siglo XV durante las primeras semanas del verano de 1476; su implicación en la breve guerra del emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico contra Borgoña, y su propio enfrentamiento posterior con la fuerza invasora visigoda procedente del norte de África en su desembarco en Génova.

Entre junio y agosto de dicho año, Ash descubrió que la «voz del santo» que oía en su cabeza era de hecho la voz de *lamachina rei militaris* de los visigodos (quizá la traducción más aproximada sea «ordenador táctico»). Ash también descubrió que su gran parecido físico con la general visigoda, la Faris, se debía a que ambas formaban parte de un proyecto a largo plazo para engendrar un esclavo visigodo que pudiera «oír» a la máquina a larga distancia. Aparentemente Ash había sido abandonada en Cartago de niña.

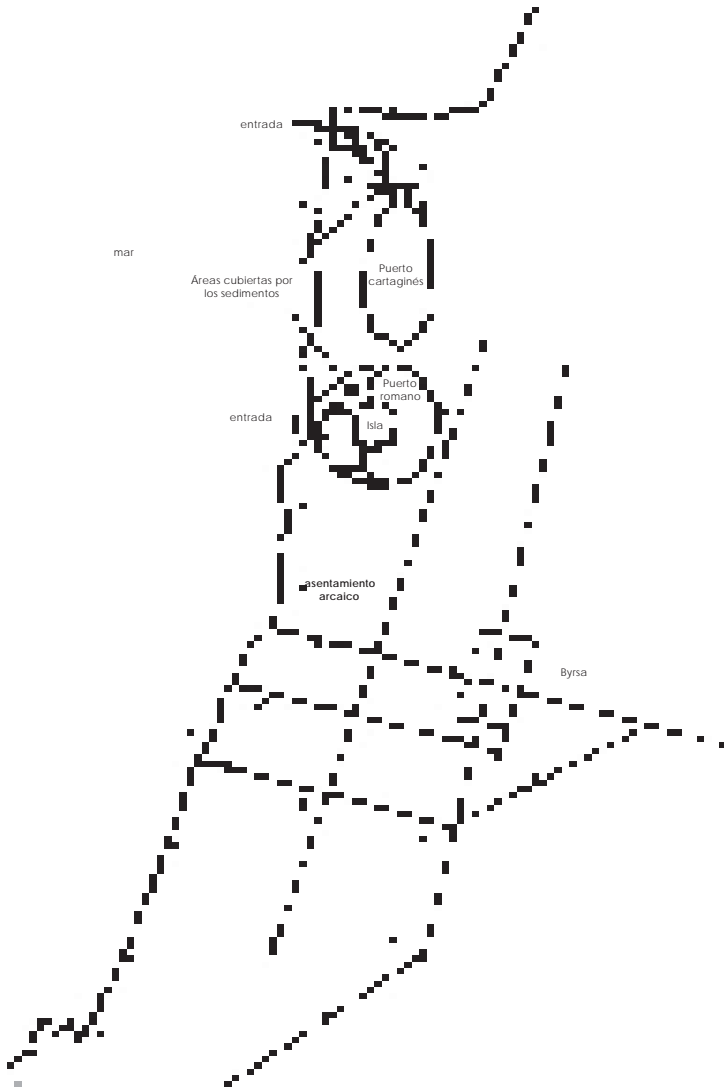
La Faris, guiada por la *machina* encabeza actualmente una inmensa fuerza de invasión que ha conquistado toda Europa hasta las fronteras meridionales de Borgoña. Ash y su compañía se han refugiado en Borgoña, en Dijon, y están planeando una operación de asalto para ir al norte de África a destruir la *machina rei militaris* en la capital enemiga, Cartago.

En este volumen, la traducción empieza con material de la *Vida*, de Del Guiz, y del manuscrito Angelotti, igual que en *La Historia Secreta*, pero la mayor parte es una traducción directa del previamente desconocido manuscrito «*Fraxinus*», que no había salido a la luz hasta su breve publicación (y supresión) en *Ash: La Historia Perdida de Borgoña* (2001).

*(Nota añadida a los dibujos)*

Anna, aquí tienes un primer boceto de la vista aérea de las ruinas de Cartago en la actualidad, y una hipótesis sobre la disposición de la Cartago visigoda del siglo XV.

He incluido un posible nuevo puerto visigodo (que, igual que ha sucedido con zonas de los puertos romano y cartaginés, aquí y en Leptis

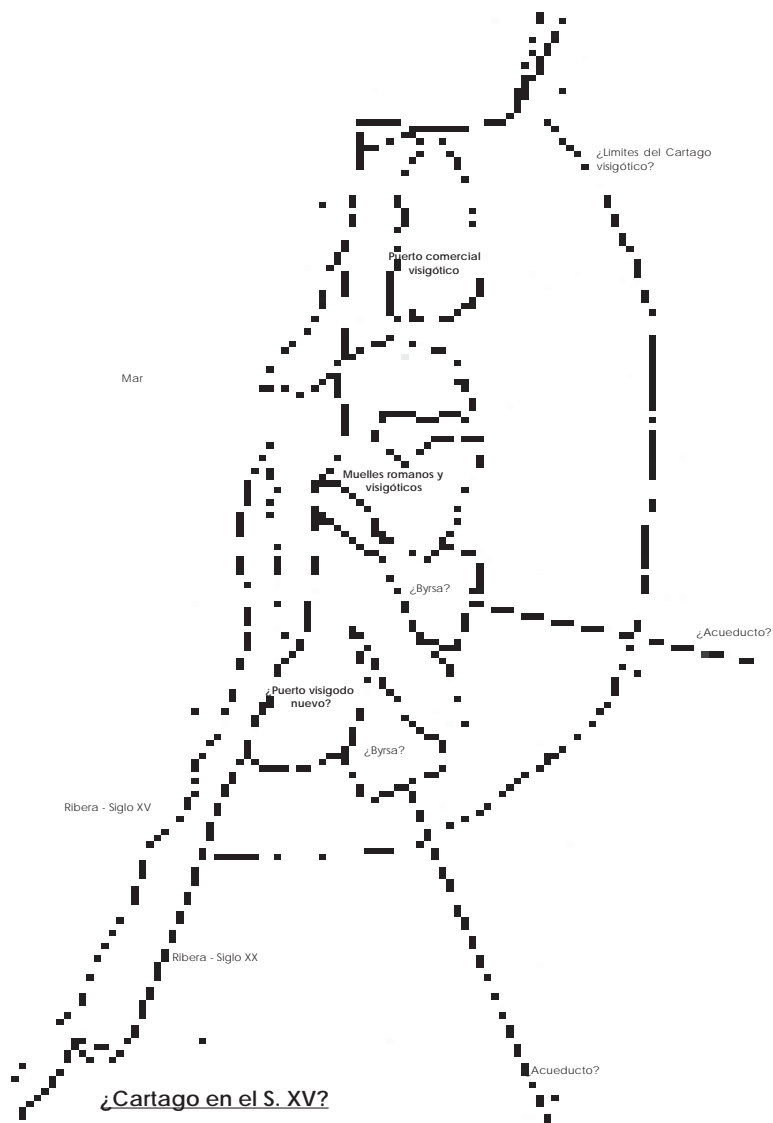


Ruinas - Nuestros Días

Magna, podría haber quedado cegado por los sedimentos con el paso del tiempo).

La ubicación exacta de la *Byrsa* o reducto amurallado durante el siglo XV es una conjetura basada en las evidencias aportadas por los textos.

—Pierce, noviembre del 2000.





# PRIMERA PARTE

17 de agosto 1476 D.C. - 21 de agosto 1476 D.C.

*EL CAMPO DE BATALLA*





# I



DIJON RESUENA CON el traqueteo de los molinos de agua.

La blanca luz de media tarde resplandecía sobre las distantes flores color mostaza. Hileras de viñas podadas de color verde se abrazaban al suelo entre franjas de tierra marrón. Los campos estaban atestados de labriegos. El reloj de la ciudad hacía sonar las cinco menos cuarto mientras Ash conducía a Godluc por entre una caravana de carros tirados por bueyes hasta el puente principal de entrada a Dijon.

Bertrand le dio en la mano sus guanteletes articulados alemanes, y retrocedió sin aliento hasta quedar a la altura de Rickard, dentro de la nube de polvo levantada por los caballos. Ash se apartó de los miembros de su compañía enviados como avanzadilla de exploración y que ahora estaban aferrados a sus estribos, informando casi sin aliento, para ponerse en su sitio entre John De Vere y su propia escolta.

—Mi señor Oxford

Ash habló en voz alta y levantó la cabeza mientras salían del puente a la puerta de la ciudad. Los olores hicieron que se le erizara el pelo de la nuca: hollejo trigo, piedra recalentada, algas, estiércol de caballo. Levantó la visera del yelmo y bajó el barbote para aprovechar el aire fresco sobre el río que servía de foso.

—Tengo las últimas estimaciones de las fuerzas visigodas en las afueras de Auxonne —dijo el conde—. Son casi doce mil.

Ash asintió.

—Eran doce mil cuando yo estuve fuera de Basilea. Desconozco el tamaño exacto de sus otros dos contingentes principales. El mismo o mayor. Uno está en territorio veneciano, intimidando a los turcos para que no se muevan; el otro está en Navarra. Ninguno podría llegar hasta aquí en un mes, ni a marchas forzadas.

El olor acre del roce de la madera de las norias de los molinos al girar llenaba el aire, junto con una tenue neblina dorada. Las cotas de mallas de los guardias de la puerta, y las almillas, calzas y faldas de los hombres y mujeres que entraban y salían por la puerta estaban teñidas del más fino hollejo de trigo. El sabor se le quedó pegado a la lengua.

*¡Dijon es dorada!*, pensó, y trató de dejar que el calor y los olores tranquilizaran el frío y duro miedo que sentía en las tripas.

—Aquí viene nuestra escolta. —John De Vere tiró de las riendas de su caballo y dejó que su hermano se adelantara para hablar con los nueve o diez caballeros borgoñones, completamente equipados, que esperaban para conducirlos a palacio. El rostro curtido y de ojos claros de De Vere se volvió hacia ella—. ¿Se os ha ocurrido, señora capitana, que Su Gracia el duque de Borgoña pudiera ofreceros ahora un contrato a su servicio? Yo no puedo financiar esta incursión contra Cartago.

—Pero tenemos un contrato. —Ash habló tranquilamente, su voz apenas audible sobre el chirriar de las norias de los molinos—. ¿Acaso me estáis pidiendo que encuentre un pretexto para romper mi palabra, que yo no di, a un conde inglés exiliado y deshonorado, porque el extremadamente rico duque reinante de Borgoña quiere mi compañía...?

John De Vere bajó los ojos desde su silla. Lo que ella pudo ver de su rostro, con la visera del casco levantada, fue una boca apretada en una línea firme.

—Borgoña es rica —dijo él en tono neutro—. Yo soy Lancaster. O la única posibilidad de los Lancaster. Pero, señora, en este momento estoy al mando de tres hermanos y cuarenta y siete hombres, y solo tengo dinero para alimentarlos durante seis semanas. Esto, comparado con un posible empleo con el duque de Borgoña, que podría comprar Inglaterra si quisiera...

—Tenéis razón, mi señor. No tendré a Borgoña en cuenta ni por un minuto —dijo Ash, inexpresiva.

—Señora capitana, como jefe de mercenarios, los bienes más preciosos que poseéis son vuestra reputación y vuestra palabra.

Ash resopló.

—No se lo digáis a mis muchachos. Todavía tengo que venderles a ellos la idea de Cartago...

Al frente, George De Vere y los caballeros borgoñones parecían estar intercambiando respetuosos saludos y discutiendo el orden de marcha al mismo tiempo. Los adoquines de Dijon transmitían una sensación resbaladiza bajo los cascos de Godluc debido al calor. Ash se inclinó hacia delante y le puso una mano tranquilizadora en el cuello, donde sus manchas color gris hierro se decoloraban hasta tornarse de una tonalidad plateada. El caballo levantó la cabeza, lleno de lo que Ash se dio cuenta que era un deseo de exhibirse ante la gente de Dijon. Alrededor de ella resplandecían las paredes encaladas de la ciudad y sus techos de pizarra azul.

Ash levantó la voz para hacerse oír por encima del fuerte ruido de los molinos.

—Este sitio parece sacado de un libro de horas, mi señor.

—¡Ojalá vos y yo también lo pareciéramos, señora!

—Maldición, sabía que iba a echar de menos mi armadura...

George De Vere se dio la vuelta en la silla, haciéndole un gesto al grupo para que avanzara. Ash cabalgó tras el ahora sonriente conde de Oxford hasta el centro del grupo de caballeros borgoñones.

Emprendieron la marcha, avanzando lentamente a caballo por las calles adoquinadas a pesar de la escolta con la librea roja de Carlos; serpenteando entre la muchedumbre de aprendices fuera de sus talleres, mujeres con sombreros altos comprando en los tenderetes de la plaza del mercado y carros tirados por bueyes en su continuo camino de ida y vuelta a los molinos. Ash se levantó un poco más la visera del yelmo y respondió con sonrisas a los alegres saludos y los comentarios de los súbditos del duque Carlos.

— ¡Thomas! —siseó.

Thomas Rochester picó espuelas a su castrado bayo y se reunió rápidamente con el grupo. Una jovencita de ojos brillantes lo siguió con la mirada desde donde estaba, asomada a la ventana de un primer piso.

—Déjala, chico.

—¡Sí, jefa! —Una pausa—. ¿Tendremos tiempo para descansar y divertirnos?

—Tú no... —un tironcito a las riendas la devolvió a la izquierda del conde de Oxford.

—Pensaba que nunca rompíais una *condotta*, señora. Y sin embargo ahora lo estáis considerando.

—No, yo...

—Sí que lo estáis haciendo. ¿Por qué?

No eran ni el tono ni el hombre apropiados para escabullirse sin dar una respuesta. Ash gruñó en un susurro, mirando de soslayo a los caballeros borgoñones.

—Sí, yo opino que deberíamos hacer la incursión contra Cartago. ¡Pero eso no quiere decir que no tenga miedo! Si me acuerdo bien de Neuss, Carlos de Borgoña podría tener aquí más de veinte mil hombres entrenados; y suministros, y armas, y cañones. Y si yo pudiera elegir, ¡preferiría que esos veinte mil estuvieran entre el Rey Califa y yo! ¡No Solo cuarenta y siete hombres y vuestros hermanos! ¿Acaso os resulta sorprendente?

—Solo los tontos no tienen miedo, señora.

El rítmico golpeteo de las norias de los molinos ahogó la conversación durante un minuto. Dijon se asienta entre dos ríos, el Suzon y el Ouche, justo en la punta de flecha de tierra donde se unen.

Ash cabalgaba por la ribera. En aquella zona, las murallas encerraban al río dentro de la ciudad. Observó como subían los cangilones de

las norias de molino bajo el sol, derramando diamantes. El agua bajo las norias era negra, densa como el cristal, y Ash podía sentir su atracción desde donde se encontraba, entre los caballeros de la corte del Duque.

Pasaron junto al molino más cercano.

La conversación era imposible, y Ash no hizo nada más por un momento que estudiar las calles por las que pasaban. Un grupo de hombres vestidos con camisas y calzas remangadas, que estaban arreglando la rueda de una carreta tirada por bueyes, se apartó. Se quitaron los sombreros de paja, pero Ash notó que ni apresurada ni temerosamente; y uno de los jinetes borgoñones se adelantó para hablar con el capataz.

Ash vislumbró un espacio abierto al frente, entre edificios con ventanas de cristal emplomado. La calle se abría en una plaza que, según comprobó al entrar, tenía forma triangular. Los ríos fluían por dos de sus lados, ya que aquel sitio se encontraba en la misma confluencia de ambos. Las altas murallas de la ciudad resplandecían, y los hombres que montaban guardia en ellas se apoyaban en sus armas y miraban hacia abajo con interés. Estaban bien pertrechados, limpios, con esa clase de rostro que no ha sufrido el hambre en el pasado más inmediato.

—¿Comprendéis, Vuestra Gracia, que están corriendo rumores? —dijo Ash—. Que si oigo voces, que si no oigo voces, que si el León Azur realmente sigue a sueldo de los visigodos porque soy hermana de la Faris... Ese tipo de cosas.

De Vere la miró.

—¿No queréis que os abandonen por ser mala compañía?

—Exactamente.

—Señora, las obligaciones de un contrato funcionan en ambos sentidos.

La voz de De Vere, endurecida por el combate, no puso especial énfasis en aquellas palabras, pero Ash se encontró a sí misma abandonando, dolorosa y temerosamente, su habitual cinismo. El sol la deslumbró. Sintió que le fallaba la voz.

—Su general, su Faris, nació esclava. No lo lleva en secreto. Y yo... soy idéntica a ella. Como dos cachorros de la misma camada. ¿En qué me convierte eso?

—En valiente —dijo amablemente el conde de Oxford. Cuando los ojos de él se cruzaron con los de ella, Ash miró al frente, con dureza—. Porque vuestro método de esconderos es proponerme un plan: atacar al enemigo en su ciudad más fuerte. Yo podría tener razones para dudar de vuestro juicio imparcial en ese asunto si quisiera, pero no tengo dudas. Vuestros pensamientos están en sintonía con los míos. Esperemos que el duque también esté de acuerdo.

—Si no lo está —dijo Ash mirando las ricas panoplias de los caballeros de la escolta—, no hay una maldita cosa que podamos hacer

acerca de ello. Estamos arruinados. Y él un hombre muy rico y muy poderoso con un ejército en las afueras de esta ciudad. Seamos realistas, Vuestra Gracia, dos órdenes y soy su mercenaria, no la vuestra.

—¡Tengo responsabilidades hacia mis **hermanos y demás parentela!** —le espetó Oxford—. ¡Y hacia alguien a quien he tomado bajo mi protección!

—Así no es como la mayoría de la gente se toma las *condottas*... —Ash contuvo a su caballo para poder mirarlo a los ojos—. Pero vos sí. ¿O no?

Al observarlo, se reforzó su opinión de que la gente seguiría a John De Vere más allá de los límites de la razón. Y solo después se preguntarían el porqué, cuando ya fuera demasiado tarde.

Ash respiró hondo. Sentía más que de costumbre el peso de la brigantina que llevaba. Godluc resopló con su ancho hocico. Automáticamente, la mercenaria cargó el peso hacia atrás para detenerlo y miró a ver qué había inquietado a su montura.

A unos dos metros de distancia, una hilera de patitos había salido de la ribera del río y avanzaba aleteando por la plaza adoquinada. Precedidos por la madre pata, se dirigieron graznando y aleteando hacia el molino que había al otro lado de la plaza y el río.

Doce caballeros borgoñones, un conde inglés, sus nobles hermanos, un vizconde, una capitana mercenaria y la escolta de esta se detuvieron y esperaron hasta que hubieron pasado los patitos.

Ash se incorporó en la silla para hablar con John De Vere, y se encontró mirando al palacio ducal de Dijon. Altísimas murallas blancas de estilo gótico, contrafuertes, torres rematadas por pináculos, techos de pizarra azul; un centenar de estandartes ondeando.

—Bueno, señora. —El conde de Oxford sonrió levemente—. En toda la cristiandad no hay otra corte como la de Borgoña. Veamos qué opina el duque de mi *pucelle* y sus voces.

Al desmontar, Ash se encontró con un sudoroso Godfrey Maximillian a pie, que se unió a los demás hombres de Thomas Rochester tras el estandarte.

Dentro del palacio, la cantidad de espacio envuelto por la piedra la dejó impresionada. Altísimos y delgados pilares entre esbeltas y largas ventanas apuntadas; toda la cantería era del color claro de las galletas recién hechas; y bajo el sol de media tarde, pensó ella, parecía miel calada.

Cerró la boca, que tenía abierta de asombro, y se obligó a avanzar tras la estela de John De Vere, mientras resonaba una trompeta y un heraldo gritaba sus nombres y posiciones, lo bastante alto para sacudir

---

<sup>1</sup> «Parentela» — Para un gran señor feudal, este término incluiría a sus señores feudales vasallos, mantenidos de sus rentas; sus aliados políticos entre los demás señores feudales y cualquier grupo de intereses comerciales que dependiera de su gracia y sus favores.

los estandartes que colgaban a ambos lados de la estancia; y un centenar de rostros, hombres ricos y poderosos, se volvieron para mirarla.

Todos iban vestidos de azul.

Ella miró rápidamente la seda color zafiro, aguamarina y azul real, al terciopelo índigo y azul cielo, los sombreros enrollados tan oscuros como el cielo de medianoche, y el largo vestido de Margarita de York, del color del mar Mediterráneo. Sus pies la conducían tras la estela del conde de Oxford de forma bastante independiente; y Godfrey le acercó su barbuda cabeza para susurrarle rápidamente al oído.

—Hay visigodos por aquí.

—¿Qué?

—Una delegación. Una embajada. Nadie sabe con exactitud cuál es su estatus.

—¿Aquí? ¿En Dijon?

—Desde el mediodía, según he oído.

—¿Quiénes?

Los ojos color ámbar se apartaron para inspeccionar a la concurrencia.

—No he podido comprar nombres.

Ash hizo una mueca de disgusto. Ignoró la profusión de insignias enjoyadas en los sombreros, los collares de eslabones de oro y plata alrededor de los cuellos nobiliarios, los oropeles cosidos a los jubones de los caballeros más jóvenes, los finísimos velos de lino que tapaban a las mujeres de la nobleza.

*Todo, todo azul*, se dio cuenta de repente. Con una brigantina de terciopelo azul, iba moderadamente a la moda, por lo menos lo suficiente para no ofender. Echó una ojeada a los cuatro hermanos De Vere y a Beaumont, todos los nobles ingleses ataviados con arneses completos, un destello de acero destacando sobre los ropajes de terciopelo y seda de la corte borgoñona.

—¿Quién ha venido, Godfrey? Y no me digas que no lo sabes. ¡Tienes una puta red de informadores ahí fuera! ¿Quién ha venido?

El hombre retrocedió deliberadamente un paso en el suelo ajedrezado. Ya no había forma de que ella lo siguiera interrogando sin provocar confusión ni llamar la atención. Apretó los puños, y por un momento deseó golpearle.

—Vuestra Gracia —dijo sin mirar al inglés al rostro—, ¿sabíais que aquí había una delegación visigoda?

—¡Por los cojones de Dios!

—Tomaré eso como un no.

Los escoltaron por el grandioso salón. Había más: cuadros colgados en nichos, tapices de grandes partidas de caza colgando de las paredes, pero Ash no podía percibirlo en su totalidad. Sobre todo ello se alzaba aquella noble arquitectura, cimacios sobre un bosque de

columnas, hasta las ventanas de limpio cristal que permitían ver los demás techos del palacio ducal de Dijon, y los refinados florones blancos y dorados de piedra que se clavaban en el cielo de la tarde.

Unas palomas pasaron volando al otro lado del cristal. Ash bajó los ojos y se detuvo. Dickon De Vere le pisó dolorosamente los talones. Ambas escoltas, tanto la suya como la de De Vere, se apartaron para dejar que los demás hermanos se adelantaran y se colocaran junto al conde de Oxford. Godfrey se mantuvo detrás, el rostro tranquilo, sin que sus ojos dieran indicio alguno de lo que sentiría enfrentado a tantos hombres de iglesia y nobles con sus damas. Ash miró a su alrededor, pero no logró ver ropajes o armaduras visigodas por ninguna parte.

John De Vere se arrodilló, y su grupo hizo lo propio. Ash hincó una rodilla en el suelo y se quitó el sombrero apresuradamente.

Un hombre de aspecto juvenil, vestido con un jubón blanco con mangas de brocado y unas calzas, se sentaba en el trono ducal, con la cabeza inclinada para conversar con otro hombre que había a su diestra. Ash vio su rostro un tanto lúgubre y su pelo negro hasta el hombro con el flequillo recortado, y se dio cuenta de que este debía ser él: Carlos, duque de Borgoña, teórico vasallo de Luis XI, más poderoso que la **mayoría de los reyes**<sup>2</sup>.

—¿Entonces es un día de mal agüero? —dijo el duque con total claridad, como si no le preocupara que se oyera su conversación privada.

—No, sire. —El hombre que había a su diestra hizo una reverencia. Vestía una túnica azul de amplias mangas y tenía las manos llenas de papeles marcados con diagramas de ruedas y cajas—. Digamos más bien que es una oportunidad para vengar una vieja afrenta.

El duque le indicó que se alejara con un gesto, y se recostó en el trono, bajando la vista desde el estrado hasta el arrodillado inglés. El único que vestía de blanco, destacaba entre su corte por su sencillez. *Simboliza alguna virtud, pensó Ash, probablemente es su forma de indicar la nobleza, la caballería o la castidad. Me pregunto en qué nos convierte eso a nosotros.*

Cuando el duque habló, su voz fue amable.

—Mi señor de Oxenford.

—Sire. —De Vere se levantó—. Tengo el honor de presentaros a mi capitana mercenaria, a quien Vuestra Gracia deseaba ver. Ash.

—Sire. —Ash se puso en pie. Tras ella, Thomas Rochester y Euen Huw portaban el estandarte del León Azur; Godfrey aferraba un salterio. Ash se alisó el cabello del lado izquierdo, asegurándose que cubriera la herida de la que estaba recuperándose.

El joven un tanto serio que se sentaba en el trono ducal, todavía no tendría los treinta años, se inclinó hacia delante apoyando una mano en

---

<sup>2</sup>Nacido en Dijon en 1433, de hecho el duque Carlos tenía cuarenta y tres años en este momento.

el brazo del trono, y miró a Ash con unos ojos tan oscuros que parecían negros. Sus pálidas mejillas adquirieron un leve matiz de color.

—¡Intentaste matarme!

Ash supuso que esta no sería una buena ocasión para sonreír, ya que el duque de Borgoña Valois no parecía especialmente propenso a dejarse seducir. Dio a su rostro y su porte un aspecto de modestia y respeto y se mantuvo callada.

—Tenéis una guerrera notable, De Vere —continuó el duque y, volviendo la cabeza a un lado, habló brevemente con la mujer que había a su lado. Ash notó que la esposa del duque no le quitaba ojo a John De Vere, conde de Oxford.

—Quizá —dijo alto y claro Margarita de York—, sea el momento de que este hombre nos diga por qué se aprovecha de vuestra hospitalidad, Sire.

—A su debido tiempo, señora. —El duque llamó a dos de sus consejeros, habló con ellos y luego devolvió su mirada al grupo que había frente a él.

Ash sopesó el coste de la sencillez del duque: su media túnica estaba abrochada con botones de diamantes y las costuras de los hombros parecían hechas con hilo de oro. Y el resto de las costuras de su ropa también parecían estar cosidas con el más fino hilo de oro... En el mar azul de su corte resplandecía como la nieve con la insinuación más leve del sol invernal para darle reflejos dorados; la empuñadura de su daga de misericordia también estaba decorada con oro, y con perlas.

—Es nuestra intención —dijo el duque— descubrir lo que sabéis de la Faris, *maîtresse* Ash.

Esta tragó saliva y logró hablar con voz audible.

—Todo el mundo sabe ya lo que yo sé, Sire. Dispone de tres ejércitos principales, uno de los cuales se encuentra justo al otro lado de vuestra frontera meridional. Combate inspirada por una voz, que ella afirma que proviene de una cabeza parlante o Gólem de Piedra, que se encontraría en ultramar, en Cartago, y —a Ash le costaba mantener el hilo de sus pensamientos bajo la mirada fija de Carlos— yo misma la he visto hablar con ello, aparentemente. En cuanto al resto: los godos han quemado Venecia, Florencia y Milán porque no las necesitaban, ya que hay un suministro interminable de hombres y materiales cruzando el Mediterráneo, y cuando yo me fui seguía habiéndolo.

—¿Es esa tal Faris un caballero honorable, una **Bradamante**<sup>3</sup>? —preguntó el duque Carlos.

Ash consideró que era el momento de presentar una apariencia menos espectacular y más humana ante los ojos del Duque.

---

<sup>3</sup> Una legendaria mujer caballero, notablemente popularizada en la novela de Ariosto *Orlando Furioso* (1516).

—¡Una Bradamante no me habría quitado mi mejor armadura ni se la habría quedado, Sire! —replicó con cierto tono de amargura. Un murmullo de diversión se hizo sentir en la corte, pero murió tan pronto fue evidente que el duque Carlos no estaba sonriendo. Ash le sostuvo la mirada, los brillantes ojos negros y el rostro casi feo (ciertamente era un Valois)—. Por lo que respecta a los caballeros, la caballería pesada no parece ser su punto fuerte, Sire. Nada de torneos. Tienen caballería media, enormes cantidades de soldados de a pie, y gólems.

El duque Carlos miró de soslayo a Olivier de la Marche, y el gigantón, saludando a Ash con una inclinación de cabeza, subió torpemente los peldaños del estrado de una forma muy poco cortesana. El duque le susurró algo al oído. De la Marche asintió, hincó la rodilla en el suelo para besar la mano del duque y se fue a grandes zancadas. Ash no volvió la cabeza para mirar, pero supuso que estaría saliendo de la estancia.

—Esos hombres del sur carentes de honor —dijo Carlos en voz alta, para que todos lo oyeran— han osado apagar el sol sobre los hombres cristianos y cubrirnos con la misma penitencia que su propio Crepúsculo Eterno. Ellos no han expiado el pecado de la Silla Vacía. ¡Nosotros mismos no estamos libres de pecado a los ojos de Dios! Pero no merecemos que nos sea arrebatado el sol, que es el Hijo. —Ash descifró aquello tras una rápida mirada a Godfrey. Asintió apresuradamente—. Por lo tanto... —el duque de Borgoña se vio interrumpido por un insistente murmullo de Margarita, que estaba sentada junto a él en un trono más pequeño. Una charla corta y, pensó Ash, algo brusca, acabó con el duque recostándose magnánimamente—. Si eso os tranquiliza permitiremos que se lo preguntéis. ¡De Vere! La señora Margarita desea tener unas palabras con vos.

—¡Sería la primera vez! —susurró De Vere un poco por encima de la cabeza de Ash, y Dickon reprimió a duras penas una carcajada.

La aristócrata inglesa bajó la vista hasta De Vere, sus hermanos y Beaumont, ignorando a Ash, a su sacerdote y a su estandarte.

—¿Por qué habéis venido aquí, Oxford? Sabéis que no podéis ser bienvenido. Mi hermano, el rey Eduardo, os odia. ¿Por qué me habéis seguido hasta aquí?

—A vos no, señora. —Con la misma falta de tacto, John De Vere no mencionó el título nobiliario de ella—. A vuestro marido. Tengo una pregunta que hacerle, pero puesto que tenéis un ejército en vuestras fronteras, mi pregunta tendrá que esperar a un momento mejor.

—¡No! Ahora. ¡Preguntaréis ahora!

Ash, percibiendo que bajo este río en particular discurrían bastantes corrientes, pensó que Margarita de York no sería habitualmente una mujer histérica ni impetuosa. *Pero se mortifica por algo. Y mucho.*

—No es el momento —dijo el conde de Oxford.

Carlos de Borgoña se inclinó hacia delante, frunciendo el ceño.

—Si mi duquesa lo pregunta, ciertamente es el momento de responder, De Vere. La cortesía es virtud de caballero.

Ash le echó una mirada a De Vere. El inglés tenía los labios apretados. Mientras ella observaba su rostro se tranquilizó, y dejó escapar una risita.

—Ya que vuestro marido así lo desea, señora Margarita, os lo diré. Al haber muerto Su Gracia el rey Enrique, sexto de ese nombre, sin dejar **heredero directo**<sup>4</sup>, he venido pedirle al siguiente miembro de la casa de Lancaster en la línea sucesoria que levante un ejército, para así poner a un hombre honrado y legítimo en el trono en vez de vuestro hermano.

*Y yo pensaba que no tenía tacto..*

Aprovechando la cobertura que le ofrecían los comentarios de asombro y conmoción, Ash miró hacia atrás por el suelo de baldosas pulidas como espejos, calculando la distancia hasta las grandes puertas y la guardia ducal.

*Estupendo. La Faris visigoda me encarcela. Llego hasta aquí. Me contrata De Vere. De Vere consigue que nos metan a todos en la cárcel. ¡Así no es como yo quería que fueran las cosas!*

Se oyó un débil sonido de desgarró: el borde del velo de Margarita de York enredado y roto entre sus dedos atenazados.

—¡Mi hermano Eduardo es un gran rey!

La voz de Oxford retumbó lo bastante alto y fuerte para que Ash diera un respingo.

—Vuestro hermano Eduardo hizo que a mi hermano Aubrey le sacaran las entrañas del cuerpo, estando vivo, y que le cortaran el miembro y lo quemaran ante sus ojos. Una ejecución al estilo de los York. Vuestro hermano Eduardo hizo que decapitaran a mi padre sin una onza de ley inglesa para respaldarlo, ¡ya que no tiene derecho al trono!

Margarita se puso en pie.

—¡Tenemos más derechos que vos!

—¡Pero, señora, no tantos como vuestro marido!

El silencio cayó como una espada. Ash se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Todos los hermanos de De Vere estaban erguidos, con las manos en las empuñaduras; y el propio conde de Oxford miraba fijamente, como un curtido pájaro de presa, a la mujer que se sentaba en el trono. Sus ojos pálidos se movieron hasta Carlos, e inclinó la cabeza rígidamente.

---

<sup>4</sup> Enrique VI y Margarita de Anjou Solo tuvieron un hijo, Eduardo, muerto en la batalla de Tewkesbury. Por ello los derechos de la casa de Lancaster al trono inglés pasaron a hombres con un parentesco más lejano (finalmente a Enrique Tudor, cuyo abuelo galés se había casado con la viuda de Enrique V). Mientras tanto, el trono estuvo en poder de Eduardo IV, de la casa de York.

—Debéis saber, Sire, que siendo como sois biznieto de Juan de Gante y Blanca de Lancaster, el heredero vivo de la casa de Lancaster con más derechos **sobre el trono inglés sois vos**<sup>5</sup>.

*Estamos muertos.*

Ash juntó las manos a su espalda, manteniendo los dedos lejos de la empuñadura de su segunda espada favorita con un esfuerzo debido solo al puro miedo.

*Estamos muertos, listos, nuestra vida no vale un chavo; Cristo, Oxford, ¿no podíais mantener la boca cerrada por una vez cuando alguien os preguntara la verdad?*

Entonces, con asombro, se vio a sí misma abriendo la boca y diciendo, en voz bastante alta.

—Y si esto no funciona, supongo que siempre podemos invadir Cornualles...

Un instante de asombrado silencio, tan corto que solo bastó para que se le cortara el aliento, quedó roto por el grito de risa de un centenar de voces; y esto una fracción de segundo después de que el duque Carlos de Borgoña sonriera. Una sonrisa muy fría, pequeña, pero sonrisa al fin.

—Noble duque —continuó Ash—, el Delfín francés tuvo a su *Pucelle*. Yo siento no poder serlo para vos, después de todo soy una mujer casada. Pero rezo para tener el favor de Dios igual que Juana lo tuvo; y si vos me dais, no tropas, sino un poco de la riqueza de vuestro ejército, entonces yo intentaré hacer por vos lo que ella hizo por Francia. Matar a vuestros enemigos, Sire.

—¿Y qué harán por Borgoña vuestras setenta y una lanzas, *maîtresse*? —preguntó el Duque.

Ash levantó una ceja, ya que ella misma no hacía mucho que tenía los números exactos del recuento de Anselm. Mantuvo la cabeza erguida, consciente de que su rostro y su cabello hablaban hasta cierto punto por ella, y de que hubiera tenido un aspecto mucho más impresionante con un arnés completo.

—Sería mejor no hablarlo en público, Sire.

El duque de Borgoña dio unas palmadas. Ash apenas se había puesto en pie cuando sonaron las trompetas, los coros que había a ambos lados del salón rompieron a cantar, las damas se levantaron, los hombres con sus ricos ropajes salieron y ella, junto con Godfrey y los hermanos De Vere, fueron conducidos a una capilla o habitación lateral.

Carlos de Borgoña llegó bastante tiempo después, con un puñado de sirvientes.

—Habéis molestado a la reina de Brujas —le comentó a Oxford, mientras despedía a su séquito con un gesto de la mano. Ash, extrañada,

---

<sup>5</sup> De hecho, Carlos había hecho públicas formalmente sus pretensiones a la corona inglesa en 1471, cinco años antes de esto, pero no hizo nada más al respecto hasta su muerte.